

BIBLIOGRAFIA

LA VOZ DE UN PUEBLO

La expresión «continua y auténtica» del pensamiento del país entero, expuesta en lengua castiza y netamente francesa, se presenta desde el principio hasta el fin del compendio de discursos de M. Poincaré, como diametralmente opuesta a la tesis alemana la cual es siempre la misma aunque se revista de formas diferentes, ya que en el fondo sólo pretende rechazar la responsabilidad de la agresión.

En todas las alocuciones de todos los géneros oratorios y en fechas distantes unas de otras, pronunciadas por el Excelentísimo Señor Presidente de la República se afirma y se demuestra el derecho de legítima defensa de Francia atacada; en todas ellas se denuncia la premeditación enemiga, y sabido es lo mucho que se han multiplicado las pruebas del desordenado apetito pangermanista que había soñado con anexionarse nuestras riquezas y concluir la conquista empezada en 1870.

Desde los orígenes del conflicto que no habían podido conjurar los muchísimos sacrificios hechos al mantenimiento de la paz, el Presidente de la República, expresando el sentimiento universal, había afirmado la unánime voluntad de la patria francesa de llevar hasta la victoria libertadora, la guerra que se nos había impuesto. Infatigablemente y con penetración no exenta de mérito en ciertos momentos penosos, el hombre a quien ha cabido la gloria de encarnar el odio a Alemania y a sus cómplices del exterior o del interior, proclamó la invencible resolución de llevar a buen fin la lucha. Y esto, sin ocultar nunca que de ello dependía el porvenir de Francia y la suerte futura de Europa.

Los bárbaros procedimientos de nuestro enemigo, lo mismo que sus «astutas astutas o groseras»

han sido condenadas con voz autorizada que libertaba la conciencia de todos; y cada una de estas manifestaciones que en su tiempo encontraron un eco en todos los corazones franceses, se refuerzan en cierta manera con la continuidad y la amplitud que adquiere el conjunto de estos discursos cuando se tiene la buena fortuna de leerlos reunidos y de reconocer en ellos la voz de nuestro pueblo que hablaba por la boca de aquel que le representa y resume sus pensamientos. Y más que nunca, en la hora en que se debaten las condiciones de esta victoria, tan claramente proclamada durante cinco años de ruda guerra, y de cuyo resultado hoy nadie quiere haber dudado, importaría que volviésemos a ciertas declaraciones, antiguas ya en nuestra época en la que todo va tan de prisa. En ellas se vería expresado el ideal francés de una paz completa y definitiva, de una justicia que se reclamó desde los primeros momentos; en ella se encontraría repercutido el eco de esa movilización espontánea de todas las fuerzas vivas de la patria, levantándose contra el invasor e indignada al par que sorprendida por una lucha armada en la cual se había negado obstinadamente en creer.

Y fué el 7 de diciembre de 1914 cuando, al remitir al generalísimo la medalla militar, el Presidente dijo:

«Francia ha agotado todos los medios para evitar a la humanidad una catástrofe sin precedentes; y ella sabe que, para evitar que se reproduzca, debe, de acuerdo con sus aliados, abolir definitivamente las causas que la han provocado... Una victoria indecisa y una paz precaria expondrían en lo sucesivo al genio francés a nuevos insultos de esa barbarie refinada que se pone la careta de la ciencia para saciar mejor sus dominadores instintos. Francia proseguirá hasta el fin, por medio de la inviolable unión

de todos sus hijos y con el perseverante concurso de sus aliados, la obra de liberación europea emprendida y, cuando el éxito haya coronado esta obra, ella encontrará, bajo los auspicios de sus muertos, una vida más intensa en la gloria, la concordia y la seguridad.»

Este fué, constantemente, el acento que siempre resonó a través de las peripecias de esta guerra, y preciso sería citarlo todo si quisiésemos reproducir los fragmentos en que se encuentra esta nota tan eminentemente francesa. Y esto contrasta notablemente con ciertos escritos contemporáneos que la censura autoriza—quizá haga bien permitiendo así que se lea en el fondo de algunos corazones,—y que parecen inspirados por el extranjero, escritos en los cuales se nos acusa, se acusa a nuestra «paz» de despojar a Alemania y de reeditar el tratado de Brest-Litowsk.

El mejor castigo de aquellos que ponen al servicio de rencores atávicos eso que ellos creen que constituye su «popularidad», consista en poner ante los ojos del pueblo francés esa compilación de discursos, cuya lectura redundará en honor del Presidente de la República, pues se pueden leer y difundir sus «Mensajes y Alocuciones» sin que en ellos se encuentre nada absolutamente que no pueda formar el orgullo legítimo de un buen francés.

El Excmo. Sr. Raymond Poincaré siempre y en todos los casos ha personificado «la voz del pueblo» y por esta razón merece que todo cuanto ha firmado desde el 31 de julio de 1914 hasta la fecha, se lea y propague por todas partes.

Eugène GRISELLE.

Ecos Marianos

A este santuario (María) jamás será permitido entrar a criatura alguna, por pura que sea, sin especial privilegio de Dios.

sarme así, dista unas 10 o 12 leguas. Este río Maraca es abundantísimo en pescado y a él bajan estos indígenas a pescar, especialmente en los meses de febrero y marzo.

CARACTER DE ESTOS INDIOS

Como estos indígenas han tenido poco trato y poca amistad con los civilizados, aun después de ser por S. S. I. pacificados, conservan su peculiar carácter de indígenas; pero no son aferrados a sus costumbres; antes al contrario, son fáciles en dejar aquellas que se les repueban y afean: por esta razón se consigue de ellos cuanto se quiere. Cuando llegamos aquí nos miraban con cierto recelo y temor, tanto que, en cuestión, sobre todo, de comida, rechazaban y despreciaban cuanto les dábamos; hoy ya no sucede esto; todo cuanto les damos se lo comen sin miedo ni recelo. En los disgustos y riñas que entre

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE»

A las Camaras Legislativas

LOS INDIOS MOTILONES

por Fray Camilo de Ibi

RÍOS

Los que bañan y riegan esta privilegiada región son el Maraca y Yujea, denominados así por estos indígenas, los dos de perennes aguas; ambos corren de oriente a poniente, desembocando el segundo en el primero, dividido en dos ramales, en el lugar llamado Puertoneuco. El Maraca tiene su manantial en la sierra Tocore, nombre indígena. Como en la expedición que acabo de hacer fui faldeando dicha sierra, lle-

gué a contar catorce afluentes, dos de ellos abundantísimos y todos de fresquísima y cristalina agua. El Yujea tiene su fuente en la sierra llamada por estos indios Socorpa. Se divide, como acabo de decir, en dos ramales: el primero toma dirección noreste, pasando por la rancharía Hontónada, a un kilómetro de distancia; el segundo toma dirección sudeste, pasando por la rancharía San José, a medio kilómetro de distancia, y ambos desembocan, como he dicho a S. S., más arriba, en el Maraca y en el lugar denominado Puertoneuco. Tiene además esta región varios arroyos perennes que desembocan en el Yujea: uno de ellos nace a medio kilómetro de este lugar y pasa a 20 kilómetros del lugar en donde hemos levantado la casa: sus aguas son puras y fresquísimas. El Yujea, en dirección paralela del Maraca, y por el lugar más separado, si me permite expe-